SE BUSCA
P. K. PINKERTON

EL CASO DE LAS VIUDAS PISTOLERAS

CAROLINE LAWRENCE

Traducción de Pepa Devesa Seva

laGalera

1

Me llamo P.K. Pinkerton, Investigador Privado. Nací en Tough Luck, no muy lejos del Mount Disappointment, hace poco más de doce años. Supongo que eso resume bastante bien mi corta y desgraciada vida, que de todos modos está a punto de terminar.

Hace unos meses, decidí hacerme detective. Eso, junto con esa espina que tengo clavada, es lo que me ha llevado al aprieto en el que hoy me encuentro.

Cuando digo «esa espina» me refiero al hecho de que las personas me confunden.

Cuando digo «aprieto» me refiero al hecho de que estoy perdido en una ventisca en medio de un desierto de Nevada.

He encontrado un refugio donde puedo escribir mi última voluntad y testamento antes de morir de hambre y/o frío:

ÚLTIMA VOLUNTAD Y TESTAMENTO DE:
P.K. PINKERTON, INVESTIGADOR PRIVADO

A mi socio empresarial, Ping: le dejo mi despacho, mis disfraces y todo el dinero de mi caja fuerte en Wells, Fargo & Co.

A la señorita Bee Bloomfield: le dejo mi colección de bichos, mi colección de botones y mi colección de briznas de tabaco.

Al señor Sam Clemens: le dejo mi Smith & Wesson de siete cartuchos, que de todas formas era suya.

Al señor Jason Francis Montgomery, también conocido como Jace Cara de Póquer: le dejo el metro que poseo en la mina de plata Chollar y también mi bolsa de cuero india y su contenido (incluido el botón original de policía del ferrocarril de papá Pinkerton) como recuerdo personal, aunque a él ya no le importo y probablemente no querrá todo eso.

Firmado, P.K. Pinkerton, Investigador Privado

El día de Nuestro Señor, domingo, 7 de septiembre de 1862

Mientras aún tenga fuerza para sujetar el lápiz, supongo que debería también dejar testimonio de lo que pasó, por si alguna vez encuentran mi cuerpo congelado.

Todo empezó el mes pasado en Virginia City, cuando resolví el asesinato de la señorita Sally Sampson y llevé a su asesino ante la justicia. La señorita Sally era una «pájara pinta» que vivía en una casita de la calle D. Era muy popular, especialmente entre los mineros y los

bomberos voluntarios. Después de atrapar a su asesino y vengar su muerte, yo también pasé a ser muy popular.

La gente acudía en tropel a mi agencia de detectives.

Algunos me pedían que encontrara dividendos perdidos o collares, o que investigara a sus socios. Pero la mayoría de trabajos eran los que yo llamo encargos románticos. Mis clientes eran sobre todo mineros que me pedían que fuera la «sombra» de las damas que les gustaban. Como por estos parajes solo hay dos mujeres por cada docena de hombres, el negocio iba de perlas.

Al principio pensé que eso era bueno. Algún día espero reunirme con mi padre, Robert Pinkerton, en la agencia de detectives fundada por mi tío Allan. Como mi padre y mi tío no me han conocido aún, y puesto que soy un inadaptado medio indio, quería convertirme en el mejor de los detectives antes de ir a Chicago.

Por entonces yo ya estaba adquiriendo un montón de experiencia.

Estaba tan ocupado que mi amigo chino Ping abandonó un prometedor trabajo de aprendiz que tenía con el señor Isaiah Attaud, el fotógrafo de al lado.

Ping se mudó a mi estrecha oficina y se encargó de mi escritorio, hizo que me sentara en la trastienda del establecimiento, detrás del mostrador donde Solomon Bloomfield había vendido en otro tiempo sus muchos y variados productos de tabaco.

Cada vez que entraba un cliente en el despacho, Ping le tomaba los datos (y una fianza en metálico), y me los mandaba a la trastienda. Ping decía que tenía suerte de

tenerlo como socio en la empresa, porque él era mejor que yo en asuntos de dinero.

Ping tiene razón.

Yo soy espabilado para algunas cosas pero un insensato para otras.

Por ejemplo, puedo hacer cualquier suma de cabeza, pero no valgo para administrar presupuestos ni para regatear.

Puedo identificar cien tipos de tabaco, pero a veces no reconozco a una persona que acabo de conocer el día antes.

Recuerdo una baraja de cartas en el orden en que se repartieron, pero para eso tengo que elaborar extrañas imágenes mentales.

Y luego está mi espina. Para mí no es fácil descifrar lo que piensa la gente, aunque aprendí algunos trucos de mi amigo Jace Cara de Póquer antes de que renegara de mí.

¿He mencionado mis flaquezas y excentricidades?

Una de mis flaquezas es que los ruidos fuertes me dañan los oídos, pero hay música que me deja embelesado.

Una de mis excentricidades es que a veces la gente es demasiado para mí y necesito estar solo.

Esa fue la peor parte de que Ping fuera mi compinche: se vino a vivir conmigo. El dormitorio de la trastienda de mi despacho es diminuto, con una sola ventana y sin puerta. Con Ping allí dentro, apenas tenía espacio para respirar.

No estaba solo ni siquiera cuando trabajaba en un

caso. Virginia está cada vez más poblada. Si un minero me contrataba para espiar a su chica favorita del *saloon*, tenía que soportar *saloons* abarrotados con gente chillando, fumando y escupiendo. Si un tabernero me pedía que espiara a su amada costurera, me estrujaban banqueros, mineros y muleros cuando merodeaba en la acera entarimada a la espera de que alguien la visitara.

No me importaba tanto el ruido constante; siempre puedo taponarme los oídos con pelusas. Pero el nunca estar solo me sacaba de quicio. Era suficiente para que a uno le entrase la murria.

¿Por qué no le dije a Ping que se esfumara?

Por tres motivos:

N.º. 1 – Ping me recordaba que habíamos hecho el trato de ser compinches. Yo no estaba seguro de que hubiéramos acordado eso exactamente, pero tengo mala memoria para algunas cosas, así que supuse que estaba en lo cierto.

N.º. 2 – Ping me estaba enseñando el «ancestral arte chino del combate mano a mano». Por lo que pude observar, este consistía en doblar un dedo hacia atrás o meter un dedo en un ojo. Normalmente era mi dedo el que se doblaba y mi ojo el atacado por otro dedo, pero Ping aseguraba que yo estaba «haciendo progresos».

N.º. 3 – El domingo después de que Ping se mudara a vivir conmigo, el reverendo C. V. Anthony leyó una oración del Libro de los Hechos. Era la parte en la que todos los discípulos comparten sus posesiones. El reverendo nos instó a ser buenos cristianos y actuar del mismo

modo. Como el Señor me había protegido y hecho prosperar recientemente, pensé que era justo tomarme esas palabras seriamente.

Pero era tremendamente aburrido ser un buen cristiano además de detective. No tenía oportunidad de ordenar mis colecciones o de leer la Biblia siquiera, de tanto trabajo como tenía.

Así que cuando dos hombres vestidos con gruesos gabanes, sombreros de fieltro y pañuelos que les cubrían la cara me agarraron cuando salía de mi despacho el mes pasado, casi me sentí aliviado. Me metieron una mordaza en la boca, la ataron con un pañuelo y me calaron el sombrero de fieltro sobre los ojos y me ataron de pies y manos. Luego me metieron en un saco y me arrojaron a la parte trasera de un carro.

«Me están raptando –pensé—. Pero al menos por fin podré estar un rato solo».

2

Si alguien te cubre los ojos con el sombrero de fieltro y te mete en un saco de arpillera y te echa en un carro y te lleva a alguna parte de una ciudad llana, es fácil que te confundas. Pero es difícil desorientarse en Virginia City, incluso si estás atado, amordazado y en completa oscuridad.

Poco a poco iba resbalando hacia el ruido de los cascos, lo que significaba que íbamos montaña abajo. Luego, di un golpe seco contra unos bultos que olían a nabo. Así deduje que me dirigía hacia el este en un carro de nabos.

El carro no tardó en pararse bruscamente. Deduje que nos habíamos detenido en la calle C para esperar que hubiera un hueco en el tráfico.

Yo llevaba mi atuendo habitual, el abrigo de lana azul y camisa de franela rosa y pantalones de piel de gamuza con flecos, sobre los calzoncillos largos de rojo descolorido.

Acostado sobre el duro suelo del carro, notaba los golpes del pequeño revolver que llevaba en el bolsillo derecho. Mis secuestradores no se habían molestado en cachearme. Supongo que no se imaginaban que un chico de doce años podía «cargar pistola», como dicen por aquí.

A trompicones, el carro se volvió a poner en movimiento. Estuvo nivelado mientras cruzaba la calle C, pero pronto se inclinó hacia delante según bajaba. Bueno, no era la primera vez que me ataban, pero jamás me habían amordazado. No fue agradable. Para distraerme, intentaba deducir qué tipo de tejido me habían embutido en la boca. Supuse que sería una de esas bolsas para el tabaco suelto, ya que sabía bastante a tabaco y ligeramente a arce.

Yo mismo no fumo, ni esnifo ni masco. Pero resulta que mi despacho está ubicado en un antiguo Tobacco Emporium. Cuando me trasladé allí, me familiaricé con todas las motitas y hebras que el propietario había dejado. Ese tipo de cosas me fascinan. Para aprender más sobre el tabaco empecé mi gran colección de hebras de tabaco. Esto fue útil porque ahora, a veces, puedo identificar el culpable por las briznas de tabaco que deja en la escena de un crimen.

Sé por mi colección de briznas de tabaco que hay dos marcas populares con azúcar de arce añadido. El Mohawk Maple es la marca barata y el Red Leaf es el sello de mayor categoría.

Mientras seguía rebotando dentro del saco, intenté determinar cuál de esos dos tipos había contenido mi

mordaza. Mi lengua averiguó que la bolsa de tela que tenía ahora en la boca en su día contuvo la marca más cara de tabaco. Lo deduje no solo por el sabor sino por la textura de la bolsa, que era de algodón del bueno, no de arpillera basta. Es difícil conseguir algodón, del bueno o del otro, por la rebelión de los estados.

Supuse que uno de los hombres que me raptaron fumaba tabaco Red Leaf. Pero no conocía a nadie que fumase este tabaco. Intenté atacar el problema desde otra dirección.

«¿Quién me odia?», pensé.

Inmediatamente me vino un nombre a la cabeza: Jack Williams, el anterior ayudante del sheriff.

Me odia porque cuando llegué a Virginia City hubo un aumento de los tiroteos, apuñalamientos y asesinatos. Lo despidieron y finalmente lo metieron en prisión. Pero no lo encerraron por el incremento de los crímenes de otras personas. Recibió ese justo merecido por su propio crimen, a saber: robar a un hombre a punta de pistola.

Así que ¿cómo me puede culpar de su desgracia?

Pero aun así, me culpa. Lo sé porque una vez dijo:

—Tú tienes la culpa, medio indio. Hasta que tú llegaste a estos parajes todo iba genial.

Y ahora, tumbado, amordazado y atado en un carro de nabos, me imaginé que Jack Williams había salido bajo fianza y había decidido deshacerse de mí de una vez por todas.

«Apuesto a que él y su cómplice girarán a la izquier-

da hacia la pendiente de Geiger y me arrojarán a una sima», pensé.

Sin embargo, Jack Williams y su ayudante no giraron a la izquierda; siguieron recto montaña abajo. Cruzamos la calle D y seguimos.

Para entonces tenía la boca llena de saliva con sabor a tabaco de tanto como había empujado la mordaza con la lengua. Todo el mundo sabe que si tragas saliva tintada de tabaco te entran náuseas. Por eso hay como diez mil escupideras por toda la ciudad. Pero yo no tenía escupidera y no tenía elección. Así que tragué.

Cruzamos la calle E y seguimos adelante.

Luego pensé: «Seguro que me llevan al río Carson y me ahogan en el agua helada como un saco de cachorros que nadie quiere».

Inmediatamente, Jack Williams y su cómplice giraron a la izquierda.

Incluso si no hubiera estado contando las calles, habría sabido que estábamos en el Barrio Chino, porque se olía la cera de las velas de ritual y el incienso, el almidón y el jabón de lejía, y oía mujeres que discutían en chino. El carro paró, dio una sacudida, volvió a arrancar y paró una vez más.

Me sentía mareado y aturdido, probablemente por todo el jugo de tabaco que me había tragado.

Bastante cerca se oían voces chinas masculinas que hablaban muy alto.

Dos años y medio antes había llegado al oeste en una caravana de carromatos con un cocinero chino, de nom-

bre Hang Sung. Me enseñó unas treina o cuarenta palabras en chino. La mayoría de ellas eran palabrotas o palabras que tenían que ver con el póquer.

Mientras unas manos fuertes me levantaban de malas maneras y me sacaban, oí algunas de aquellas palabrotas chinas y también la palabra para «enfadado». Y luego, «jefa».

No eran Jack Williams y su compinche los que me estaban raptando. Eran un par de celestiales.

Pensé: «Mis habilidades detectivescas no son lo suficientemente buenas como para ir a Chicago y trabajar con mi padre en la agencia de detectives fundada por mi tío Allan Pinkerton. No tengo ni idea de quién me está secuestrando, ni para qué».

3

Unos brazos musculosos me llevaron a un lugar caldeado.

Me dejaron caer encima de lo que parecía ser un cojín.

—Déjalo libre —dijo una voz de mujer, en inglés.

Mis secuestradores me liberaron y me quitaron la mordaza.

Me encontré en un cuarto de madera iluminado tenuemente por farolillos de papel rojo. Olía mucho a incienso y se calentaba con una estufa de leña de hierro fundido. Una dama china me miraba sentada en un sillón que parecía un trono. Incluso en la tenue luz roja advertía que era joven y bella. También parecía estar tranquila y al mando. De esto deduje que ella no era otra cautiva sino la persona que había ordenado mi secuestro.

Me metí la mano en el bolsillo y agarré mi revolver de siete cartuchos.

Uno de los motivos por los que quiero ser detective es para poder averiguar cómo entender a las personas. Para mí es difícil leer las caras. Solo puedo detectar tres emociones: felicidad, miedo y enfado.

Mi madre adoptiva, que en gloria esté, también me enseñó a identificar una sonrisa verdadera, una falsa, el asco, la sorpresa y la sospecha.

No podía descifrar ninguna de aquellas expresiones en la cara de la dama celestial. Era tan suave como un plato de nata y tan difícil de leer como la de un gato.

Mi antiguo amigo Jace Cara de Póquer me dijo que la cara es la parte del cuerpo que más miente. Él siempre dice que los pies son los que dicen más verdades. Miré los pies de ella.

Todo mi cuerpo se enfrió y me entró un estremecimiento.

Mi secuestradora celestial parecía no tener pies.

Era como si alguien se los hubiera cortado justo por los tobillos.

Llevaba unas pequeñas zapatillas bordadas en los muñones.

Aquello me puso de punta todos los pelos de la cabeza. También noté que el estómago se me descomponía.

Aparté la vista de aquellos muñones con zapatillas y miré al resto de la persona.

Llevaba pantalones de raso negro rematados con cordoncillo rojo y una camisa suelta del mismo tejido.

—Siento haberte tenido que traer aquí de este modo —dijo en buen inglés—, pero tengo un trabajo para ti y

no quería que nadie más te viera venir, especialmente tu socio.

Levantó una hermosa copa de color azul oscuro a la boca y escupió en su interior. ¡Una escupidera de señoras!

—No tenía por qué secuestrarme —dije—. Podía haberme mandado una nota diciendo que tenía un trabajo para mí y decirme dónde vivía. Podía haberme avisado de que no dijera a nadie adónde iba.

Meneó la cabeza ligeramente.

—Tu socio podría haber visto una nota de ese tipo.

—¿Qué tiene en contra de Ping?

Pero ella dijo:

—Igualmente, jamás me hubieras encontrado. Tendrías que haber preguntado a la gente y entonces todo el mundo en el Barrio Chino sabría que te había contratado. Este es un asunto privado.

Con la lengua, trasladó una bolita de tabaco del tamaño de un guisante a la otra mejilla. Sus labios abultados, la nariz chata y los ojos rasgados te daban ganas de quedarte mirándola mucho rato.

Me preguntaba quién sería.

—¿Quién es usted? —dije.

—Me llamo Perla Opalina.

Era un nombre realmente precioso. Sin embargo, he aprendido que aquí en Virginia mucha gente se inventa nombres nuevos, y supuse que el nombre de Perla Opalina no era auténtico.

—¿Qué trabajo tiene para mí?

—Quiero que sigas a mi prometido. Creo que me falta a la verdad.

Suspiré profundamente. Parecía que tenía otro «encargo romántico» en mis manos. Pensé que casi habría preferido que me raptara el antiguo ayudante del sheriff Jack Williams.